

Ciudad del Vaticano, 17 de agosto de 2016

Estimada Señora¹,

Con ocasión de la próxima Asamblea de la *Conferencia Mundial de los Institutos Seculares*, el Santo Padre desea enviar a Usted y a todos los participantes su cordial saludo y asegurar su cercanía y afecto, con la solicitud pastoral y sobre todo, con la oración, para que el Espíritu Santo haga fecundo tal encuentro, que tiene como tema: *Estáis en el corazón del mundo con el corazón de Dios*.

La originalidad y la peculiaridad de la consagración secular se realiza cuando secularidad y consagración caminan juntas en unidad de vida. Podemos decir que hoy es precisamente esta síntesis el desafío más grande para los Institutos Seculares.

El beato Pablo VI entendió y explicitó con lucidez la esencia de la vocación secular, como lo testimonian sus palabras: «Vosotros estáis en una misteriosa confluencia entre las dos potentes corrientes de la vida cristiana, acogiendo riquezas de una y de la otra. Sois laicos, consagrados como tales por los sacramentos del Bautismo y de la Confirmación, pero habéis elegido acentuar vuestra consagración a Dios con la profesión de los consejos evangélicos, asumidos como obligaciones con un vínculo estable y reconocido. Permanecéis laicos, comprometidos con los valores seculares propios y peculiares del laicado (Cfr. *Lumen Gentium*, 31), pero la vuestra es una “secularidad consagrada”: y más aún: «”Consagración” indica la íntima y secreta estructura que sostiene vuestro ser y vuestro actuar. Está aquí vuestra riqueza profunda y escondida, que los hombres en medio a los cuales vivís no se saben explicar y a menudo ni siquiera pueden sospechar. La consagración bautismal ha sido radicalizada ulteriormente siguiendo una gran exigencia de amor, suscitada en vosotros por el Espíritu Santo; no de la misma forma que la consagración propia de los religiosos, sino de tal manera que os empuja a una opción fundamental para vivir según las bienaventuranzas evangélicas. De esta manera sois realmente consagrados y realmente en el mundo» (*Discurso a los participantes en el Congreso internacional de Institutos Seculares, 20 septiembre 1972*).

Hoy día se pide a los Institutos Seculares una síntesis renovada, que tenga siempre fija la mirada en Jesús y, al mismo tiempo, inmersos en la vida del mundo. Hacer la síntesis entre consagración y secularidad significa ante todo *tener juntos* los dos aspectos sin separarlos nunca. Significa también *componerlos, no superponerlos*: la superposición llevaría a vivir de manera formal, a observar varias prácticas sin que ello comporte un cambio en el modo de vivir las relaciones con los hermanos y con el mundo. Hacer síntesis

¹ Gentile Signora
Sig.ra NADÈGE VÉDIE
Presidente del Consiglio Esecutivo
Conferenza Mondiale degli Istituti Secolari
Piazza San Calisto, 16
00153...**ROMA**

significa también que *no se debe subordinar* un elemento a otro: secularidad y consagración deben caminar juntas, una tiene necesidad de la otra; no se es primero laicos y después consagrados, pero ni siquiera primero consagrados y después laicos, se es contemporáneamente laicos consagrados. De ello deriva también otra consecuencia muy importante: hace falta un *continuo discernimiento*, que ayude a obrar el equilibrio; una actitud que ayude a encontrar a Dios en todas las cosas.

Para esto es de importancia fundamental la *formación*, que debe guiar a los miembros de los Institutos Seculares a responder plenamente a la misión de los respectivos Institutos, suscitando un compromiso siempre nuevo y profundo con Cristo que llama y envía, y al mismo tiempo, arriesgarse en la realidad del mundo de hoy. Tal formación es particularmente exigente, porque exige un esfuerzo continuo para aunar consagración y secularidad, acción y contemplación. Sin embargo, si se buscará el permanecer constantemente abiertos a la voluntad de Dios, se tendrá esa mirada de fe que lleva siempre a descubrir a Cristo presente siempre y en todo. Por ello, es necesario educar a una intensa relación personal con Dios que esté enriquecida, al mismo tiempo, por la presencia de los hermanos. La vida comunitaria no es requerida, pero es esencial la comunión con los hermanos. Toda la vida debe estar animada y marcada por la comunión con Dios y con el prójimo.

El compromiso en la secularidad se realiza con un amplio margen, en vastos horizontes. Es preciso, por lo tanto, una continua atención a los signos de los tiempos: la historia va leída, comprendida e interpretada, y es necesario insertarse en ella de manera constructiva y fecunda, para dejar una huella evangélica, contribuyendo, según las diversas responsabilidades, a orientarla hacia el Reino de Dios. Esta vocación comporta por lo tanto un esfuerzo constante para realizar una síntesis entre el amor de Dios y el amor por los hombres, viviendo una espiritualidad capaz de conjugar los criterios que vienen “de lo alto”, de la gracia de Dios, y los criterios que vienen “de abajo”, de la historia humana. El crecimiento en el amor a Dios conduce inevitablemente a un crecimiento en el amor por el mundo y viceversa.

Guiados por el Espíritu Santo en vuestras acciones, introducís en el mundo la lógica de Dios contribuyendo a realizar la nueva humanidad que Él quiere. Es Dios quien obra la síntesis entre secularidad y consagración. Gracias a Él se puede ejercitar una profecía que implica discernimiento y creatividad suscitados por el Espíritu. Discernimiento como esfuerzo por comprender, por interpretar los signos de los tiempos, aceptando la complejidad, la fragmentariedad y la precariedad de nuestro tiempo. Creatividad como capacidad de imaginar nuevas soluciones, inventar respuestas inéditas y más adecuadas a las nuevas situaciones que se presentan. Hacerse compañía de la humanidad en camino es una realidad teológica para vosotros. En ella es parte esencial la búsqueda del diálogo y del encuentro, que os pide haceros hombres y mujeres de comunión en el mundo.

Por tanto, estáis llamados en Cristo a ser signos e instrumentos del amor de Dios en el mundo, signos visibles de un amor invisible que todo lo llena y todo lo quiere redimir para orientar cada cosa a la comunión trinitaria, origen y cumplimiento último del mundo.

En síntesis, podemos decir que es particularmente urgente cuidar la *vida de oración*: ser mujeres y hombres de oración, de íntima amistad con Jesús, dejando que sea Él el Señor de nuestra vida; y cuidar la *vida de familia*: no tenéis obligación de vivir en comunidad, pero debéis ser un hogar encendido del que muchos hombres y mujeres puedan obtener luz y calor para la vida del mundo, como os dijo san Juan Pablo II (*cfr. Discurso a los participantes al Simposio internacional sobre la 'Provida Mater Ecclesia', 1 de febrero 1997*). Precisamente porque dispersados como la levadura y la sal, debéis ser testimonios del valor de la fraternidad y de la amistad. El ser humano no es una isla; tenemos que evitar el caer en la indiferencia hacia los demás. Si vuestro objetivo es el de transfigurar el mundo, restableciendo el orden de la creación, es preciso gritar con la vida al hombre de hoy que es posible un nuevo modo de ser, de vivir, de relacionarse con el mundo y con los demás, ser nuevos hombres y mujeres en Cristo. Con la *castidad* mostrar que existe un modo diverso de amar con corazón libre como el de Cristo, en la oblación de sí; con la *pobreza* reaccionar al consumismo que devora especialmente el occidente y denunciar con nuestra vida y también la palabra donde sea necesario, tantas injusticias contra los pobres de la tierra; con la *obediencia* ser testimonios de libertad interior contra el individualismo, el orgullo y la soberbia. Ser la “avanzadilla” de la Iglesia en la nueva evangelización. Pero ninguna nueva evangelización es posible si no parte de la novedad de la vida, que hace suyos los sentimientos de Cristo y su oblación hasta la muerte. Entonces el desafío más grande, incluso para los Institutos Seculares, es el de ser *escuelas de santidad*. Un peculiar estilo de santidad debería emerger de cada Instituto, santidad encarnada en las actividades de cada día, en los pequeños y grandes eventos donde florece la creatividad de la fe, de la esperanza y de la caridad. La Virgen María es el modelo perfecto de esta espiritualidad encarnada. Constantemente unida al Hijo en la vida cotidiana y en las preocupaciones familiares, llevaba una existencia normal en todo, similar a la de tantos otros, y de este modo colaboraba en la obra de Dios. Permaneciendo unidos a Ella, seguramente se tendrá la garantía de caminar por la vía de la santidad secular.

Otro elemento indispensable para dar una contribución activa a la nueva evangelización es vivir *el amor fraterno*. Me he referido antes a la importancia de la comunión: todos los miembros de los Institutos Seculares están llamados a vivirla en las situaciones ordinarias del mundo, solos, en familia, en grupos de vida fraterna, según las propias constituciones, participando activamente en la vida del Instituto. En la Última Cena Jesús oró al Padre por todos sus discípulos, pidiendo para ellos la gracia de la unidad. Solamente una comunidad que, no obstante los límites humanos, manifiesta el amor entre sus miembros es creíble y hace visible el amor de Dios, la gratuidad, la fidelidad y la ternura de su amor. El Hijo de Dios, con su encarnación, ha llevado a los hombres el don de la fraternidad. En Cristo somos todos hermanos y todos hijos de Dios. El amor de cada uno de

nosotros hacia los demás, desde los más cercanos hasta los más lejanos, es precisamente el único modo que Jesús nos ha indicado para encontrar el camino de la salvación.

¿Qué humanidad tenéis delante? Personas que han perdido la fe o que viven como si Dios no existiera, jóvenes sin valores ni ideales, familias rotas, parados, ancianos solos, emigrantes... «Venid a mí, todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré» (Mt 11,28). Diciendo esto Jesús os indica el camino. Cuantos rostros encontraréis por la calle, yendo al trabajo, o a ¡hacer la compra! ¡Cuántas ocasiones tenéis para dar ayuda, animar, dar esperanza, llevar consuelo! Es esta vida en el mundo (*“in saeculo viventes”*, dice el canon 710) lo que constituye la “secularidad”, la nota común a todos los Institutos Seculares, pero que se vive de modo diferente según los diversos Institutos, sobre todo los de sacerdotes respecto a los de laicos. El sacerdote secular y el laico están ambos en el mundo, pero su relación con el mundo es diversa. Los sacerdotes seculares se empeñan en cultivar una ardiente solicitud por las personas afligidas por varias pobreza, acompañando todos aquellos que viven la propia fe en el corazón de los compromisos humanos; y sobre todo a través de la Eucaristía el sacerdote secular participa de modo peculiar en la oferta de Cristo al Padre, oferta que obtiene la gracia que regenera a la humanidad.

Es ésta la vía: llamados por el Señor a seguirlo en el mundo, llevad amor por el mundo, amando ante todo a Él con todo el corazón y amando cada hermano con corazón paterno y materno. No os dejéis llevar por la costumbre convirtiéndoos en “insípidos”. «¿Si la sal se vuelve sosa, con que se la salará?» (Lc 14, 34).

Estimada Señora, son éstas las reflexiones y exhortaciones que el Santo Padre me encarga haceros llegar. Él las acompaña con una oración especial por vosotros y por todos los miembros de los Institutos Seculares, y mientras os pide por favor que recéis por Él os imparte de corazón la Bendición Apostólica.

Al enviarle mi felicitación personal por vuestra Asamblea, aprovecho la ocasión para confirmarme con distinguido obsequio

Pietro Card. Parolin

Secretario de Estado